



NI JUDIO NI GENTIL Sino Un Nuevo Hombre

Por George Davis y Michael Clark

(Traducido por Jorge A. Bozzano)

Un hermano escribió recientemente, hacienda una pregunta que refleja un malentendido común del evangelio que prevalece a través de la cristiandad hoy en día. “¿Es el Judaísmo Mesiánico un retorno a la forme del Nuevo Testamento del primer siglo?” Hemos recibido muchas cartas similares de creyentes sinceros haciendo la misma pregunta. Este es nuestro intento de responder estas preguntas de una forma que no va alienar ninguna parte de la familia de Dios. Nuestra meta es la unidad de la fe en Cristo Jesús.

No puede ser negado que el resurgente “Judaísmo Mesiánico” es un retorno a la forma Neotestamentaria del primer siglo encontrada en las páginas del Nuevo Testamento. De hecho, virtualmente todas las epístolas de Pablo lo mencionan de una forma u otra. ¿Qué tenía él que decir?

Muchos de los que se dirigen al Judaísmo Mesiánico hoy en día, enseñan, ya sea por implicación o abiertamente, que privilegios especiales van con el un judío natural, que el Cristianismo es Judío, y que cualquier retorno al Cristianismo primitivo debe incluir un retorno a las raíces judías. Si bien esto puede sonar lógico para algunos, representa el mismo peligro para la Iglesia hoy en día como lo fue en los días del apóstol Pablo.

En Romanos 3:1-2 Pablo preguntaba: “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho, en todas maneras.” La respuesta de Pablo aquí parece contradecir sus enseñanzas en el resto de sus epístolas, pero le agrega lo siguiente: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno”. (Rom. 3:9-10)

Antes que el judío y el griego puedan unirse como un nuevo hombre en Cristo, primero deben unirse en este hecho: “Todos están bajo pecado”. Todos están perdidos. No hay justo, ni aun uno. No hay privilegios externos ni ventajas

físicas asociadas con ser un judío o un gentil; ambos son pecadores y están en igual necesidad de un Salvador, Jesucristo.



No Hay Distinciones Étnicas

Un buen conocimiento de los idiomas y costumbres judíos así como del Antiguo Testamento ayuda a arrojar una luz más clara sobre las cosas que Jesús dijo e hizo, que apuntaban a él como el Mesías. Pero muy a menudo ¡perdemos de vista el ÁRBOL de VIDA mientras miramos el bosque! Errar en entender la extensión de la obra retentiva de Cristo y cómo ella trasciende todas las fronteras étnica ha llevado a muchos de los cristianos de hoy en día a abrazar una contemporánea forma de Galacianismo¹. Hechizados por el formalismo religioso, judíos y gentiles al igual están retornando a las viejas fiestas y ceremonias judías que Cristo cumplió en Su sacrificio en la cruz. El totalmente cumplió todos los requerimientos de la ley por medio de Su muerte sacrificial (Vea romanos 8:3,4). Estamos de acuerdo que las observancias actuales de los “feriados cristianos” no se encuentran en las enseñanzas de los padres del Nuevo Testamento, pero tampoco lo está el volver a estar bajo la Ley judía. Dios todavía odia nuestras fiestas. “Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas.” (Am. 5:21). Hay un solo día en el cual Dios está interesado en que entremos y permanezcamos, y ese es en el reposo de su Sabat (lea Hebreos capitulo cuatro).

La actual fascinación con el Judaísmo Mesiánico conlleva un retorno al legalismo del judaísmo del primer siglo por el cual creyentes judíos bien intencionados casi destrozaron la Iglesia. El mismísimo nombre “Judaísmo Mesiánico” indica que el Mesías vino a establecer una cristianizada forma de judaísmo. Nada puede estar más lejos de la verdad. Muchos creyentes judíos de aquella época, llamados “Judaizantes”, fallaron en entender que el propósito de Dios en establecer un pacto con Abraham no era bendecir al mundo con un fallido sistema religioso llamado “judaísmo” (vea Hechos 15:7-11), sino bendecir a todas las naciones con la simiente, es decir, Cristo. Pablo los acusó de predicar un evangelio diferente (Gal. 6:1) e hizo la siguiente advertencia: “Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema”. (Gal. 1:9). Jesús vio venir esta amenaza cuando trató de advertir a sus discípulos diciendo: “Guardaos de la levadura de los Fariseos”. Y Pablo advirtió: “Un poco de levadura leuda toda la masa”.

¹ En referencia a la Iglesia de Galacia.

¿Qué hizo diferente el evangelio de los Judaizantes? Su evangelio era una mezcla de ambos, el Antiguo y el Nuevo Pacto. Ellos fueron entre las Iglesias gentiles predicando que los gentiles debían circuncidarse. El problema es que la circuncisión es una señal que pertenece a un Viejo Pacto que ya había sido abolido. Erraron al no entender que “si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo”. (Heb. 8:7). Erraron al no entender que el Nuevo Pacto es “no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica”. (2 Cor. 3:6). Dios usó a Pablo para corregir estas malas interpretaciones.

Pablo razonaba que la ley, la cual vino 430 años después del pacto de Dios con Abraham) el cual no fue ni judío ni israelita), no puede derogar ni invalidar la promesa, porque la herencia no es por la ley, sino por la promesa, así como lo fue con Abraham (Gálatas 3:16-19). Pablo sabía de estas cosas de la ley, porque fue enseñado por los mejores maestros en Jerusalén y luchó por guardar perfectamente la ley antes de su encuentro con Cristo que le cambió la vida. La ley no era la bendición, sino que fue “añadida a causa de las transgresiones, hasta que venga la simiente”. La ley fue el amo severo, no la bendición a todas las naciones.

Mas la Escritura lo encerró *todo* (tanto judíos como gentiles) “bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes”. Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, “encerrados para aquella fe que iba a ser revelada”. La ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.

Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues TODOS (judíos y gentiles) sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos “los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. Por esta razón, ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Si pertenecemos a Cristo, entonces y solo entonces SOMOS linaje de Abraham, y herederos según la promesa. (Vea Gal. 3:22-29). Pablo escribió: “...es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios”. (Rom 2:29)

Los judíos son por definición de la tribu de Judá (de la cual era María la madre de Jesús) y Benjamín (de la cual fue Pablo), pero nosotros que creemos en Cristo somos la simiente espiritual de Abraham quien fue el bisabuelo tanto de Judá como Benjamín. ¡Abraham ni siquiera fue judío! El cristianismo que Jesús dio a luz no viene de una descendencia de sangre, sino solamente de la fe en Cristo. La única descendencia de sangre que cuenta ante los ojos de Dios, en la línea de sangre que lleva del calvario directamente al lugar Santísimo, consagrando un camino NUEVO y VIVO.

No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos,
y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío,

circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. (Col 3:9-11)

Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación. (Gal. 6:15)

Porque nosotros [los que somos nacidos de arriba] somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne. (Fil. 3:3)

Muchos cristianos hoy en día están soplando el shofar², prendiendo velas en las sombras, celebrando el Purim, la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos, mientras reestablecen los viejos rituales extrabíblicos del judaísmo rabínico, constituyendo un retorno a las sombras de la religión. Lo más doloroso de todo es el hecho que la substancia y perfecto sacrificio de Cristo es ignorado (vea Col. 2:17) y el nuevo hombre, el fruto de la obra retentiva de Cristo, es negado por la incredulidad de ellos.

La ley nunca fue dada a los gentiles ni los primeros apóstoles tenían la intención de guardarla. Pedro dejó esto claro como el agua cuando dijo a sus compañeros judíos, algunos de los cuales aun se aferraban al judaísmo: “Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?” (Hch. 15:10). La bendición de Abraham es el Espíritu, no la ley, y es de fe, y no de obras muertas (Gal. 3:14).

Cuando se trata de la Iglesia, no somos ni pro judíos ni pro gentiles. Estamos en contra de una mentalidad que dice que una raza es espiritualmente más bendecida que otra. El pacto que Dios hizo con Abraham, un gentil que caminó con Dios por fe, fue establecido para hacer de judíos y gentiles una nueva raza espiritual u hombre. No fue para hacer de los gentiles que se vuelvan prosélitos de los judíos, guardando las leyes judías, porque en Abraham todas las naciones serían bendecidas (Gen. 18:18). Dios no requiere a los gentiles a que se vuelvan judíos ni tampoco está demandando a los judíos que se vuelvan gentiles, observando sus feriados, leyes y tradiciones. ¡El quiere que ambos se vuelvan NUEVOS! El está haciendo de los dos UN nuevo hombre, reconciliando “a ambos en UN CUERPO para Dios a través de la cruz”.

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo [2537 kainos] hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. (Ef. 2:14-16)

² Trompeta judía.

Aferrarnos a nuestra etnicidad y sistemas religiosos causa enemistad y luchas. ¡Una nueva identidad solo en Cristo es nuestra paz! ¡El ha hecho DE AMBOS UNO! El hizo esto por medio de romper y abolir la PARED o ENEMISTAD que dividía a los dos. La pared se separación que el abolió es “la ley de los mandamientos y ordenanzas”. El hizo esto para crear en sí mismo UN NUEVO HOMBRE de ambos, para el gran propósito que él pueda reconciliarlos a ambos en Dios en un solo cuerpo y de esta manera matar la enemistad. La pregunta que nos debemos hacer a nosotros mismos es: “¿Es Jesús nuestra *única* identidad y esperanza?”

Nación Contra Nación

En todas partes donde vemos el mundo hoy en día, vemos la profecía cumplida, pero la profecía que es más prominente se encuentra en las palabras de Jesús: “Se levantará nación contra nación y reino contra reino”. La palabra traducida *nación* es la palabra griega *ethnos*. Jesús profetizó que habrían grandes divisiones y luchas entre las líneas étnicas. Cuando los controles de las fronteras políticas y dictatoriales cesen, surgen guerras y violencia. Vemos esto a través de toda la Unión Soviética mientras Rusia vuelve a sus límites originales. Con la abolición de un dictador ahora mismo en Irak, vemos grupos armados peleando mientras se retiran nuestras tropas. El baño de sangre aun no terminó. Aun con todas estas organizaciones por la paz mundial y ejércitos de alta tecnología, el hombre no puede traer paz o guardar la paz. Tan pronto como las tropas se retiran, el enojo, el odio y el prejuicio toman el control en el escenario una vez más. Nuestra única esperanza por paz es el abandonar todo prejuicio étnico, social, sexual, y político y las líneas que las dividen mientras nos convertimos en UN NUEVO HOMBRE en Cristo. Sin el Príncipe de Paz tratando con el enemigo en nuestro corazón, tenemos la seguridad de destruirnos a nosotros mismos. Nuestra nueva raza espiritual en Cristo es nuestra única esperanza. Debemos revertir los efectos de la caída del Primer Adán y venir bajo el pacto del Último Adán o este mundo se va a auto destruir.

Para los judíos del primer siglo, el evangelio de Cristo presentaba un verdadero problema. Ellos se vieron a sí mismos como guardianes y custodios de la Ley de Dios, y esto se volvió parte de su identidad nacional. Era motivo de un gran orgullo que de entre todos los pueblos del mundo, ellos hayan sido elegidos el pueblo de Dios, y los custodios de Su Ley. Abolir la ley sería golpearlos en su orgullo nacional y en su identidad patriótica. En la mentalidad judía, la pérdida de la ley sería equivalente a desvestirles de su judaísmo. Por esta razón la prédica del evangelio de la cruz era para ellos una piedra de tropiezo. Antes de que Dios pudiera reunir a judíos y gentiles, tuvo que remover aquello en lo cual la religión judía encontraba sentido de identidad y justicia. Ellos vieron la tradición de los ancianos y la ley de los mandamientos contenidos en ordenanzas como la única cosa que los había preservado como un pueblo único, separados de todos los demás. Esta separación - la cual los judaizantes defendían tan fieramente - era enemiga de los propósitos eternos de Dios, el cual empezó mucho antes que Abraham, y culminará al final de los tiempos.

Este cuerpo en Cristo no es más judío o gentil. Las doctrinas de una Israel Británica y Naciones Arias son tan divisivas como cualquier cristiano aferrándose al judaísmo.

©a Wilderness Voice.com

[Copyright](#) © aWildernessVoice.com